



H. P. Lovecraft

El Morador de
las Tinieblas

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL MORADOR DE LAS TINIEBLAS

H. P. LOVECRAFT

**PUBLICADO: 1936
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

*He visto bostezar al oscuro universo
Donde los negros planetas ruedan sin rumbo
Donde ruedan en su horror sin ser escuchados,
Sin conocimiento ni brillo ni nombre.
-Némesis.*

Los investigadores más cautelosos dudarán en desafiar la creencia común de que Robert Blake murió a causa de un rayo, o por alguna profunda descarga nerviosa derivada de una descarga eléctrica. Es cierto que la ventana a la que se enfrentaba no estaba rota, pero la naturaleza ha demostrado ser capaz de muchas actuaciones extrañas. La expresión de su rostro puede haber surgido fácilmente de alguna oscura fuente muscular no relacionada con nada de lo que vio, mientras que las anotaciones en su diario son claramente el resultado de una imaginación fantástica despertada por ciertas supersticiones locales y por ciertos asuntos antiguos que había descubierto. En cuanto a las condiciones anómalas de la iglesia abandonada de Federal Hill, el analista sagaz no tarda en atribuir las a alguna charlatanería, consciente o inconsciente, con la que Blake estaba secretamente relacionado.

Al fin y al cabo, la víctima era un escritor y pintor totalmente dedicado al campo del mito, el sueño, el terror y la superstición, y ávido en su búsqueda de escenas y efectos de tipo extraño y espectral. Su anterior estancia en la ciudad -una visita a un extraño anciano tan aficionado a las ciencias ocultas y prohibidas como él- había terminado entre la muerte y las llamas, y debió de ser algún instinto morboso el que le hizo volver de su casa de Milwaukee. Es posible que conociera las viejas historias a pesar de sus declaraciones en contra en el diario, y su muerte puede haber cortado de raíz algún estupendo engaño destinado a tener un reflejo literario.

Sin embargo, entre los que han examinado y correlacionado todas estas pruebas, quedan varios que se aferran a teorías menos racionales y comunes. Se inclinan a tomar gran parte del diario de Blake por su valor nominal, y señalan significativamente ciertos hechos como la indudable autenticidad del antiguo registro de la iglesia, la existencia verificada de la secta de la Sabiduría Estrellada, desagra-

dable y poco ortodoxa, antes de 1877, la desaparición registrada de un reportero inquisitivo llamado Edwin M. Lillibridge en 1893, y -sobre todo- la mirada de miedo monstruoso y transfigurante en el rostro del joven escritor cuando murió. Fue uno de estos creyentes quien, movido a extremos fanáticos, arrojó a la bahía la piedra curiosamente angular y su caja metálica extrañamente adornada que se encontraba en el viejo campanario de la iglesia -el campanario negro sin ventanas, y no la torre donde el diario de Blake decía que estaban esas cosas originalmente. Aunque fue ampliamente censurado, tanto oficial como extraoficialmente, este hombre -un reputado médico con gusto por el folclore extraño- se mostró convencido de que había librado a la tierra de algo demasiado peligroso para descansar en ella.

Entre estas dos corrientes de opinión, el lector debe juzgar por sí mismo. Los diarios han dado los detalles tangibles desde un ángulo escéptico, dejando para otros el dibujo del cuadro tal como lo vio Robert Blake -o creyó verlo- o pretendió verlo. Estudiando ahora el diario de cerca, desapasionadamente y con tranquilidad, resumamos la oscura cadena de acontecimientos desde el punto de vista expreso de su principal actor.

El joven Blake regresó a Providence en el invierno de 1934-5, y se instaló en el piso superior de una venerable vivienda situada en un patio cubierto de hierba junto a College Street, en la cresta de la gran colina del este, cerca del campus de la Universidad Brown y detrás de la marmórea Biblioteca John Hay. Era un lugar acogedor y fascinante, en un pequeño oasis ajardinado de antigüedad pueblerina donde unos enormes y simpáticos gatos tomaban el sol encima de un cómodo cobertizo. La casa georgiana cuadrada tenía un tejado de monitores, un portal clásico con tallas en forma de abanico, ventanas pequeñas y todas las demás características de la mano de obra de principios del siglo XIX. En el interior había puertas de seis paneles, amplios suelos de madera, una escalera colonial curvada, repisas blancas de la época de Adam y un conjunto de habitaciones traseras tres escalones por debajo del nivel general.

El estudio de Blake, una gran cámara al suroeste, daba al jardín delantero por un lado, mientras que sus ventanas al oeste -ante una

de las cuales tenía su escritorio- daban a la cima de la colina y ofrecían una espléndida vista de los tejados extendidos de la ciudad baja y de las místicas puestas de sol que flameaban tras ellos. En el horizonte lejano se encontraban las laderas púrpuras del campo abierto. Frente a ellas, a unas dos millas de distancia, se alzaba la espectral joroba de la Colina Federal, erizada de tejados y campanarios apiñados cuyos remotos contornos vacilaban misteriosamente, adoptando formas fantásticas a medida que el humo de la ciudad se arremolinaba y los envolvía. Blake tenía la curiosa sensación de estar contemplando un mundo desconocido y etéreo que podría o no desvanecerse en sueños si alguna vez intentaba buscarlo y entrar en él en persona.

Después de enviar a casa la mayor parte de sus libros, Blake compró algunos muebles antiguos adecuados para su alojamiento y se estableció para escribir y pintar, viviendo solo y ocupándose él mismo de las sencillas tareas domésticas. Su estudio estaba en una habitación del ático del norte, donde los cristales del techo del monitor proporcionaban una iluminación admirable. Durante ese primer invierno produjo cinco de sus relatos más conocidos - "El enterrador de abajo", "La escalera de la cripta", "Shaggai", "En el valle de Pnath" y "El comensal de las estrellas"- y pintó siete lienzos; estudios de monstruos innominados e inhumanos, y paisajes profundamente extraños, no terrestres.

Al atardecer, solía sentarse en su escritorio y contemplar el oeste, las oscuras torres del Memorial Hall, el campanario del tribunal georgiano, los elevados pináculos del centro de la ciudad y el brillante montículo coronado por una aguja en la distancia, cuyas desconocidas calles y laberínticos tejados provocaban su imaginación. De sus pocos conocidos locales supo que la lejana ladera era un vasto barrio italiano, aunque la mayoría de las casas eran restos de los antiguos tiempos yanquis e irlandeses. De vez en cuando dirigía sus gafas de campo hacia aquel mundo espectral e inalcanzable más allá de la humareda, distinguiendo tejados, chimeneas y campanarios, y especulando sobre los extraños y curiosos misterios que podrían albergar. Incluso con ayuda óptica, Federal Hill parecía de alguna manera ajena, medio fabulosa, y vinculada a las maravillas irreales e

intangibles de los propios cuentos y dibujos de Blake. La sensación persistiría mucho tiempo después de que la colina se desvaneciera en el crepúsculo violeta y estrellado de las lámparas, y los focos del juzgado y el faro rojo de la Industrial Trust se encendieran para hacer la noche grotesca.

De todos los objetos distantes de Federal Hill, una iglesia enorme y oscura era la que más fascinaba a Blake. Destacaba con especial nitidez a ciertas horas del día, y al atardecer la gran torre y el afilado campanario se alzaban negros contra el cielo en llamas. Parecía descansar en un terreno especialmente elevado, ya que la sombría fachada y el lado norte, que se veía oblicuamente, con el tejado inclinado y la parte superior de las grandes ventanas puntiagudas, se alzaban audazmente por encima de la maraña de crestas y chimeneas circundantes. Peculiarmente lúgubre y austera, parecía estar construida en piedra, manchada y curtida por el humo y las tormentas de un siglo y más. El estilo, por lo que los cristales podían mostrar, era esa primera forma experimental de renacimiento gótico que precedió al majestuoso periodo de Upjohn y que mantuvo algunos de los contornos y proporciones de la era georgiana. Quizá se levantó hacia 1810 o 1815.

Con el paso de los meses, Blake observó la lejana y prohibida estructura con un extraño interés creciente. Como las enormes ventanas nunca estaban iluminadas, sabía que debía estar vacía. Cuanto más tiempo observaba, más trabajaba su imaginación, hasta que al final empezó a imaginar cosas curiosas. Creyó que una vaga y singular aura de desolación se cernía sobre el lugar, de modo que hasta las palomas y las golondrinas rehuían sus humeantes aleros. Alrededor de otras torres y campanarios su cristal revelaba grandes bandadas de pájaros, pero aquí nunca descansaban. Al menos, eso es lo que pensaba y anotaba en su diario. Señaló el lugar a varios amigos, pero ninguno de ellos había estado en Federal Hill ni tenía la menor idea de lo que era o había sido la iglesia.

En primavera, una profunda inquietud se apoderó de Blake. Había comenzado su novela planeada desde hacía tiempo -basada en una supuesta supervivencia del culto a las brujas en Maine- pero era extrañamente incapaz de avanzar en ella. Cada vez se sentaba más

en su ventana del oeste y miraba la colina distante y el campanario negro y fruncido que los pájaros rehuían. Cuando las delicadas hojas salían de las ramas del jardín, el mundo se llenaba de una nueva belleza, pero la inquietud de Blake no hacía más que aumentar. Fue entonces cuando pensó por primera vez en cruzar la ciudad y subir con el cuerpo por esa fabulosa pendiente hacia el mundo de los sueños envuelto en humo.

A finales de abril, justo antes de la época de Walpurgis, que se oscurece con el eón, Blake hizo su primer viaje a lo desconocido. Recorriendo las interminables calles del centro de la ciudad y las sombrías y decadentes plazas de más allá, llegó finalmente a la avenida ascendente de escalones desgastados por el siglo, pórticos dóricos caídos y cúpulas con cristales oscuros que, en su opinión, debía conducir al mundo desconocido e inalcanzable más allá de las brumas. Había señales azules y blancas que no significaban nada para él, y en seguida se fijó en los extraños y oscuros rostros de las multitudes que iban a la deriva, y en los letreros extranjeros de las curiosas tiendas situadas en edificios marrones y envejecidos durante décadas. En ninguna parte pudo encontrar ninguno de los objetos que había visto desde lejos, de modo que una vez más le pareció que la Federal Hill de aquella vista lejana era un mundo de ensueño que jamás sería pisado por pies humanos vivos.

De vez en cuando aparecía una fachada de iglesia maltrecha o una aguja desmoronada, pero nunca el montón ennegrecido que él buscaba. Cuando preguntó a un tendero por una gran iglesia de piedra, el hombre sonrió y negó con la cabeza, aunque hablaba inglés con soltura. A medida que Blake subía, la región le parecía cada vez más extraña, con desconcertantes laberintos de sombrías callejuelas marrones que se alejaban eternamente hacia el sur. Cruzó dos o tres amplias avenidas, y una vez le pareció vislumbrar una torre familiar. Volvió a preguntar a un comerciante por la enorme iglesia de piedra, y esta vez podría haber jurado que la declaración de ignorancia era fingida. El rostro del moreno tenía una expresión de miedo que intentaba ocultar, y Blake le vio hacer una curiosa señal con la mano derecha.

Entonces, de repente, una aguja negra se destacó contra el cielo nublado a su izquierda, por encima de las hileras de tejados marrones que bordeaban las enmarañadas callejuelas del sur. Blake supo enseguida lo que era, y se lanzó hacia ella a través de las sórdidas callejuelas sin pavimentar que subían desde la avenida. Se perdió dos veces, pero de alguna manera no se atrevió a preguntar a ninguno de los patriarcas o amas de casa que estaban sentados en los umbrales de sus casas, ni a ninguno de los niños que gritaban y jugaban en el barro de las sombrías callejuelas.

Por fin vio la torre lisa contra el suroeste, y un enorme bulto de piedra se alzaba oscuramente al final de un callejón. En seguida se encontró en una plaza abierta barrida por el viento, pintorescamente empedrada, con un alto muro de ribera en el lado opuesto. Este fue el final de su búsqueda, porque en la amplia meseta con barandilla de hierro y maleza que sostenía el muro -un mundo separado y menor, elevado a dos metros por encima de las calles circundantes- se alzaba un bulto lúgubre y titánico cuya identidad, a pesar de la nueva perspectiva de Blake, era indiscutible.

La iglesia vacía estaba en un estado de gran decrepitud. Algunos de los altos contrafuertes de piedra se habían caído, y varios delicados remates yacían medio perdidos entre la maleza y las hierbas marrones y descuidadas. Las ventanas góticas llenas de hollín estaban prácticamente intactas, aunque faltaban muchos de los parteluces de piedra. Blake se preguntaba cómo podían haber sobrevivido tan bien los cristales oscuramente pintados, en vista de los conocidos hábitos de los niños pequeños de todo el mundo. Las enormes puertas estaban intactas y bien cerradas. Alrededor de la parte superior del muro de la orilla, que cerraba completamente el terreno, había una valla de hierro oxidado cuya puerta -al final de un tramo de escaleras desde la plaza- estaba visiblemente cerrada con candado. El camino desde la puerta hasta el edificio estaba completamente cubierto de maleza. La desolación y la decadencia colgaban como un manto sobre el lugar, y en los aleros sin pájaros y las paredes negras sin hiedra, Blake sintió un toque de lo tenuemente siniestro más allá de su poder de definición.

Había muy poca gente en la plaza, pero Blake vio a un policía en el extremo norte y se acercó a él para preguntarle por la iglesia. Era un irlandés muy sano, y le pareció extraño que no hiciera más que la señal de la cruz y murmurara que la gente nunca hablaba de ese edificio. Cuando Blake le presionó, dijo muy apresuradamente que el sacerdote italiano advertía a todo el mundo contra ella, jurando que un mal monstruoso había habitado allí una vez y había dejado su huella. Él mismo había oído oscuros susurros al respecto de su padre, que recordaba ciertos sonidos y rumores de su infancia.

Antiguamente había habido allí una mala secta, una secta de forajidos que invocaba cosas horribles desde algún desconocido golfo de la noche. Había sido necesario un buen sacerdote para exorcizar lo que había venido, aunque había quienes decían que sólo la luz podía hacerlo. Si el padre O'Malley estuviera vivo, habría muchas cosas que podría contar. Pero ahora no había nada que hacer sino dejarlo estar. Ya no hacía daño a nadie, y los que la poseían estaban muertos o muy lejos. Habían huido como ratas después de la charla amenazante del 77, cuando la gente empezó a preocuparse por la forma en que la gente desaparecía de vez en cuando en el barrio. Algún día la ciudad intervendría y se quedaría con la propiedad por falta de herederos, pero de poco serviría que alguien la tocara. Es mejor dejarla en paz para que los años se derrumben, no sea que se remuevan cosas que deberían descansar para siempre en su negro abismo.

Cuando el policía se hubo ido, Blake se quedó mirando la hosca pila empinada. Le excitó comprobar que la estructura le parecía tan siniestra a los demás como a él, y se preguntó qué grano de verdad habría detrás de las viejas historias que había repetido el casaca azul. Probablemente eran meras leyendas evocadas por el aspecto maligno del lugar, pero aun así, eran como una extraña vuelta a la vida de una de sus propias historias.

El sol de la tarde salía de entre las nubes que se dispersaban, pero parecía incapaz de iluminar las paredes manchadas de hollín del viejo templo que se alzaba en su elevada meseta. Era extraño que el verde de la primavera no hubiera tocado los crecimientos marrones y marchitos del patio elevado y cercado con hierro. Blake se

acercó a la zona elevada y examinó el muro de la orilla y la valla oxidada en busca de posibles vías de entrada. La valla ennegrecida ejercía una atracción terrible a la que no podía resistirse. La valla no tenía ninguna abertura cerca de los escalones, pero en el lado norte faltaban algunos barrotes. Podía subir los escalones y caminar por el estrecho borde de la valla hasta llegar al hueco. Si la gente temía tanto el lugar, no encontraría ninguna interferencia.

Estaba en el terraplén y casi dentro de la valla antes de que alguien se diera cuenta de su presencia. Entonces, al mirar hacia abajo, vio a las pocas personas de la plaza alejarse y hacer la misma señal con la mano derecha que había hecho el comerciante de la avenida. Varias ventanas se cerraron de golpe, y una mujer gorda se lanzó a la calle y arrastró a unos niños pequeños al interior de una casa desvencijada y sin pintar. La brecha en la valla era muy fácil de atravesar, y al poco tiempo Blake se encontró vadeando entre los matorrales podridos y enmarañados del patio abandonado. Aquí y allá, el desgastado muñón de una lápida le indicaba que alguna vez hubo entierros en el campo; pero eso, vio, debió ser hace mucho tiempo. El gran volumen de la iglesia le resultaba opresivo ahora que estaba cerca de ella, pero venció su estado de ánimo y se acercó a probar las tres grandes puertas de la fachada. Todas estaban bien cerradas, así que inició un circuito por el edificio ciclópeo en busca de alguna abertura menor y más penetrable. Incluso entonces no podía estar seguro de querer entrar en aquella guarida de la deserción y la sombra, pero la atracción de su extrañeza le arrastró automáticamente.

Una ventana del sótano, bostezante y desprotegida, le proporcionó la apertura necesaria. Al asomarse, Blake vio un golfo subterráneo de telarañas y polvo débilmente iluminado por los rayos filtrados del sol del oeste. Escombros, barriles viejos, cajas y muebles en ruinas de todo tipo se encontraban ante sus ojos, aunque sobre todo había una capa de polvo que suavizaba todos los contornos nítidos. Los restos oxidados de un horno de aire caliente mostraban que el edificio había sido utilizado y mantenido en forma hasta mediados de la época victoriana.

Actuando casi sin iniciativa consciente, Blake se arrastró a través de la ventana y se dejó caer al suelo de hormigón cubierto de polvo y escombros. El sótano abovedado era inmenso, sin tabiques; y en un rincón a la derecha, entre densas sombras, vio un arco negro que evidentemente conducía al piso superior. Sintió una peculiar sensación de opresión al encontrarse realmente dentro del gran edificio espectral, pero la contuvo mientras exploraba cautelosamente los alrededores, encontrando un barril aún intacto entre el polvo, y haciéndolo rodar hasta la ventana abierta para facilitar su salida. Entonces, preparándose, cruzó el amplio espacio decorado con telarañas hacia el arco. Medio ahogado por el omnipresente polvo y cubierto de fantasmales fibras de telaraña, llegó y comenzó a subir los desgastados escalones de piedra que se elevaban en la oscuridad. No tenía luz, pero tanteó cuidadosamente con las manos. Tras un giro brusco, sintió una puerta cerrada más adelante, y al tantear un poco reveló su antiguo pestillo. Se abrió hacia el interior, y más allá vio un pasillo débilmente iluminado y revestido de paneles carcomidos por los gusanos.

Una vez en la planta baja, Blake comenzó a explorar rápidamente. Todas las puertas interiores estaban desbloqueadas, por lo que pudo pasar libremente de una habitación a otra. La colosal nave era un lugar casi eldritch, con sus gotas y montañas de polvo sobre los bancos, el altar, el púlpito de cristal de arena y la caja de resonancia, y sus titánicas cuerdas de telaraña que se extendían entre los arcos puntiagudos de la galería y entrelazaban las columnas góticas agrupadas. Sobre toda esta silenciosa desolación se proyectaba una horrenda luz plomiza cuando el sol de la tarde, ya declinante, enviaba sus rayos a través de los extraños cristales medio ennegrecidos de las grandes ventanas del ábside.

Las pinturas de esas ventanas estaban tan oscurecidas por el hollín que Blake apenas podía descifrar lo que habían representado, pero por lo poco que pudo entender no le gustaron. Los diseños eran en gran parte convencionales, y su conocimiento del oscuro simbolismo le decía mucho sobre algunos de los antiguos patrones. Los pocos santos representados tenían expresiones claramente criticables, mientras que una de las ventanas parecía mostrar simple-

mente un espacio oscuro con espirales de curiosa luminosidad dispersas en él. Al apartarse de las ventanas, Blake se dio cuenta de que la cruz con telarañas que había sobre el altar no era del tipo ordinario, sino que se asemejaba al ankh primordial o crux ansata del sombrío Egipto.

En una sala posterior de la sacristía, junto al ábside, Blake encontró un escritorio podrido y estantes hasta el techo de libros enmohecidos y desintegrados. Aquí, por primera vez, recibió un choque positivo de horror objetivo, ya que los títulos de esos libros le decían mucho. Eran las cosas negras y prohibidas de las que la mayoría de las personas cuerdas nunca han oído hablar, o sólo lo han hecho en susurros furtivos y tímidos; los depósitos prohibidos y temidos de secretos equívocos y fórmulas inmemoriales que se han filtrado en la corriente del tiempo desde los días de la juventud del hombre, y los días oscuros y fabulosos antes de que el hombre fuera. Él mismo había leído muchos de ellos: la versión latina del aborrecido Necronomicón, el siniestro Liber Ivonis, los infames Cultes des Goules del Conde d'Erlette, los Unaussprechlichen Kulten de von Junzt y el infernal De Vermis Mysteriis del viejo Ludvig Prinn. Pero había otros que conocía sólo por su reputación o no los conocía en absoluto: los Manuscritos Pnakóticos, el Libro de Dzyan y un volumen desmenuzado de caracteres totalmente inidentificables pero con ciertos símbolos y diagramas estremecedoramente reconocibles para el estudiante de ocultismo. Evidentemente, los persistentes rumores locales no habían mentido. Este lugar había sido una vez la sede de un mal más antiguo que la humanidad y más amplio que el universo conocido.

En el escritorio en ruinas había un pequeño libro de registro encuadernado en cuero y lleno de entradas en algún extraño medio criptográfico. La escritura manuscrita consistía en los símbolos tradicionales comunes utilizados hoy en día en astronomía y antiguamente en alquimia, astrología y otras artes dudosas -los dispositivos del sol, la luna, los planetas, los aspectos y los signos zodiacales-, aquí agrupados en sólidas páginas de texto, con divisiones y párrafos que sugerían que cada símbolo respondía a alguna letra alfabética.

Con la esperanza de resolver más tarde el criptograma, Blake llevó este volumen en el bolsillo de su abrigo. Muchos de los grandes tomos de las estanterías le fascinaban indeciblemente, y se sintió tentado de tomarlos prestados más adelante. Se preguntaba cómo podían haber permanecido intactos tanto tiempo. ¿Era él el primero en conquistar el miedo que durante casi sesenta años había protegido este lugar desierto de los visitantes?

Después de haber explorado a fondo la planta baja, Blake volvió a atravesar el polvo de la nave espectral hasta llegar al vestíbulo delantero, donde había visto una puerta y una escalera que presumiblemente conducían a la torre ennegrecida y al campanario, objetos que le eran familiares desde hacía mucho tiempo. El ascenso fue una experiencia asfixiante, ya que el polvo era espeso, y las arañas habían hecho lo peor en este estrecho lugar. La escalera era una espiral con peldaños de madera altos y estrechos, y de vez en cuando Blake pasaba por una ventana nublada que miraba vertiginosamente hacia la ciudad. Aunque no había visto ninguna cuerda abajo, esperaba encontrar una campana o un tañido de campanas en la torre cuyas estrechas ventanas lanceoladas con lamas había estudiado tantas veces con su catalejo. Pero se llevó una decepción, ya que al llegar a lo alto de la escalera encontró la cámara de la torre vacía de campanas y claramente dedicada a fines muy diferentes.

La habitación, de unos cuatro metros cuadrados, estaba débilmente iluminada por cuatro ventanas lanceoladas, una a cada lado, que estaban acristaladas dentro de su pantalla de lamas deterioradas. Además, estaban provistas de pantallas herméticas y opacas, pero estas últimas estaban ya muy deterioradas. En el centro del suelo cargado de polvo se alzaba un pilar de piedra curiosamente inclinado, de unos cuatro pies de altura y dos de diámetro medio, cubierto a cada lado con jeroglíficos extraños, toscamente incisos y totalmente irreconocibles. Sobre este pilar descansaba una caja de metal de forma peculiarmente asimétrica; su tapa con bisagras estaba echada hacia atrás, y su interior contenía lo que parecía, bajo el polvo de una década de profundidad, un objeto con forma de huevo o irregularmente esférico de unos diez centímetros de diámetro. Alrededor del pilar, formando un tosco círculo, había siete sillas góti-

cas de respaldo alto que seguían intactas en su mayor parte, mientras que detrás de ellas, a lo largo de las paredes con paneles oscuros, había siete imágenes colosales de escayola pintada de negro que se estaban desmoronando y que se parecían más que nada a los crípticos megalitos tallados de la misteriosa Isla de Pascua. En un rincón de la cámara llena de telarañas había una escalera empotrada en la pared que conducía a la trampilla cerrada del campanario sin ventanas de arriba.

Cuando Blake se acostumbró a la débil luz, observó unos extraños bajorrelieves en la extraña caja abierta de metal amarillento. Al acercarse, trató de quitar el polvo con las manos y un pañuelo, y vio que las figuras eran de un tipo monstruoso y totalmente extraño; representaban entidades que, aunque parecían vivas, no se parecían a ninguna forma de vida conocida que hubiera evolucionado en este planeta. La esfera de diez centímetros que parecía ser un poliedro casi negro y estriado de rojo con muchas superficies planas irregulares; o bien era un cristal muy notable de algún tipo o un objeto artificial de materia mineral tallada y muy pulida. No tocaba el fondo de la caja, sino que se mantenía suspendido por medio de una banda metálica alrededor de su centro, con siete soportes de extraño diseño que se extendían horizontalmente hasta los ángulos de la pared interior de la caja, cerca de la parte superior. Esta piedra, una vez expuesta, ejerció sobre Blake una fascinación casi alarmante. Apenas podía apartar los ojos de ella, y mientras miraba sus superficies brillantes, casi creía que era transparente, con mundos maravillosos a medio formar en su interior. En su mente flotaban imágenes de orbes extraterrestres con grandes torres de piedra, y otros orbes con montañas titánicas y ninguna marca de vida, y espacios aún más remotos donde sólo una agitación en vagas negruras indicaba la presencia de conciencia y voluntad.

Cuando apartó la vista, fue para fijarse en un montículo de polvo algo singular en la esquina más alejada, cerca de la escalera del campanario. No podía decir por qué le llamaba la atención, pero algo en sus contornos llevaba un mensaje a su mente inconsciente. Al acercarse a él y apartar las telarañas que colgaban, comenzó a percibir algo sombrío. La mano y el pañuelo pronto revelaron la ver-

dad, y Blake jadeó con una desconcertante mezcla de emociones. Era un esqueleto humano, y debía de llevar allí mucho tiempo. La ropa estaba hecha jirones, pero algunos botones y fragmentos de tela daban cuenta de un traje gris de hombre. Había otras pruebas: zapatos, cierres metálicos, enormes botones para los puños redondos, un alfiler de gancho de un modelo antiguo, una insignia de periodista con el nombre del antiguo Providence Telegram y una cartera de cuero que se estaba desmoronando. Blake examinó esta última con cuidado, encontrando en su interior varios billetes de emisión anticuada, un calendario publicitario de celuloide de 1893, unas tarjetas con el nombre de "Edwin M. Lillibridge" y un papel cubierto de memorándums a lápiz.

Este papel contenía muchas cosas desconcertantes, y Blake lo leyó detenidamente en la tenue ventana del oeste. Su texto inconexo incluía frases como las siguientes:

El Prof. Enoch Bowen regresa de Egipto en mayo de 1844 -compra la antigua Iglesia de Libre Albedrío en julio- su trabajo arqueológico y sus estudios sobre ocultismo son bien conocidos.

El Dr. Drowne, de la 4ª Iglesia Bautista, advierte contra la sabiduría estelar en un sermón del 29 de diciembre de 1844.

Congregación 97 a finales del 45.

1846-3 desapariciones-primera mención del Trapezoedro Luminoso.

7 desapariciones 1848-empiezan las historias de sacrificios de sangre.

Investigación 1853 no llega a nada-historias de sonidos.

Padre O'Malley cuenta de adoración de diablo con caja encontrada en grandes ruinas egipcias-dice que llaman algo que no puede existir en luz. Huye con un poco de luz, y es desterrado por una luz fuerte. Luego tiene que ser convocado de nuevo. Probablemente lo sacaron de la confesión en el lecho de muerte de Francis X. Feeney, que se unió a Starry Wisdom en el 49. Esta gente dice que el Trapezoedro Luminoso les muestra el cielo y otros mundos, y que el Acechador de la Oscuridad les cuenta secretos de alguna manera.

Historia de Orrin B. Eddy 1857. Lo invocan mirando el cristal, y tienen un lenguaje secreto propio.

200 o más en la congregación. 1863, excepto los hombres del frente.

Los chicos irlandeses se amotinan en la iglesia en 1869 tras la desaparición de Patrick Regan.

Artículo velado en J. 14 marzo '72, pero la gente no habla de ello.

6 desapariciones 1876-el comité secreto llama al alcalde Doyle.

Acción prometida en febrero 1877-la iglesia cierra en abril.

Pandilla -Federal Hill Boys- amenazan al Dr. y a los miembros de la sacristía en mayo.

181 personas abandonan la ciudad antes de finales del 77-no se mencionan nombres.

Las historias de fantasmas comienzan alrededor de 1880. Intenta determinar la veracidad del informe de que ningún ser humano ha entrado en la iglesia desde 1877.

Pide a Lanigan una fotografía del lugar tomada en 1851. . .

Al devolver el papel a la libreta y guardarla en su abrigo, Blake se volvió para mirar el esqueleto en el polvo. Las implicaciones de las notas eran claras, y no cabía duda de que aquel hombre había acudido al edificio abandonado cuarenta y dos años antes en busca de una sensación periodística que nadie más se había atrevido a intentar. Tal vez nadie más conocía su plan, ¿quién podría decirlo? Pero nunca había regresado a su periódico. ¿Había surgido algún temor valientemente reprimido que lo venciera y le provocara un repentino fallo cardíaco? Blake se inclinó sobre los brillantes huesos y observó su peculiar estado. Algunos de ellos estaban muy dispersos, y unos pocos parecían extrañamente disueltos en los extremos. Otros estaban extrañamente amarillentos, con vagas sugerencias de carbonización. Esta carbonización se extendía a algunos fragmentos de ropa. El cráneo se encontraba en un estado muy peculiar: teñido de amarillo y con una abertura carbonizada en la parte superior, como si algún potente ácido hubiera atravesado el hueso sólido. Blake no podía imaginar lo que le había sucedido al esqueleto durante las cuatro décadas que había permanecido enterrado en silencio.

Antes de que se diera cuenta, estaba mirando la piedra de nuevo, y dejando que su curiosa influencia convocara un nebuloso desfile en su mente. Vio procesiones de figuras encapuchadas y con túni-

cas cuyos contornos no eran humanos, y contempló interminables leguas de desierto bordeadas de monolitos tallados que alcanzaban el cielo. Vio torres y murallas en profundidades nocturnas bajo el mar, y vórtices del espacio en los que flotaban volutas de niebla negra ante delgados destellos de fría bruma púrpura. Y más allá de todo lo demás, vislumbró un golfo infinito de oscuridad, donde las formas sólidas y semisólidas sólo se conocían por su agitación ventosa, y los patrones nublados de la fuerza parecían superponer el orden al caos y contener una clave para todas las paradojas y los arcanos de los mundos que conocemos.

Entonces, de repente, el hechizo se rompió por un acceso de miedo de pánico indeterminado. Blake se atragantó y se apartó de la piedra, consciente de que una presencia alienígena sin forma estaba cerca de él y le observaba con horrible intensidad. Se sintió enredado con algo -algo que no estaba en la piedra, pero que lo había mirado a través de ella-, algo que lo seguía incesantemente con una cognición que no era la vista física. Evidentemente, el lugar le ponía de los nervios, como no podía ser de otra manera en vista de su espantoso hallazgo. Además, la luz estaba menguando y, como no llevaba ningún iluminador, sabía que tendría que marcharse pronto.

Fue entonces, en el crepúsculo creciente, cuando le pareció ver un débil rastro de luminosidad en la piedra de ángulo loco. Intentó apartar la vista de ella, pero una oscura compulsión le hizo volver a mirar. ¿Había una sutil fosforescencia de radioactividad en la cosa? ¿Qué era lo que decían las notas del muerto sobre un Trapezoedro Luminoso? ¿Qué era esta guarida abandonada del mal cósmico? ¿Qué se había hecho aquí, y qué podría estar todavía al acecho en las sombras rehusadas por los pájaros? Ahora parecía como si un escurridizo toque de foetor hubiera surgido en algún lugar cercano, aunque su origen no era evidente. Blake agarró la tapa de la caja, que llevaba mucho tiempo abierta, y la bajó. Se movió con facilidad sobre sus bisagras extrañas y se cerró completamente sobre la inconfundible piedra brillante.

Al oír el chasquido de ese cierre, un suave sonido de agitación pareció provenir de la eterna negrura del campanario, más allá de la trampa. Ratas, sin duda: los únicos seres vivos que habían revela-

do su presencia en esta pila maldita desde que él había entrado en ella. Y, sin embargo, ese movimiento en el campanario lo asustó terriblemente, de modo que se precipitó casi salvajemente por las escaleras de caracol, a través de la macabra nave, hacia el sótano abovedado, en medio del polvo que se acumulaba en la plaza desierta, y hacia abajo, a través de las callejuelas y avenidas de Federal Hill, llenas de miedo, hacia las sanas calles del centro y las aceras de ladrillo del distrito universitario.

Durante los días siguientes, Blake no habló con nadie de su expedición. En cambio, leyó mucho en ciertos libros, examinó largos años de archivos de periódicos del centro y trabajó febrilmente en el criptograma de aquel volumen de cuero de la sala de la sacristía llena de telarañas. Pronto se dio cuenta de que el cifrado no era sencillo y, tras un largo período de esfuerzo, tuvo la certeza de que su idioma no podía ser el inglés, el latín, el griego, el francés, el español, el italiano o el alemán. Evidentemente, tendría que recurrir a los pozos más profundos de su extraña erudición.

Cada tarde volvía el viejo impulso de mirar hacia el oeste, y veía el negro campanario como antaño entre los erizados tejados de un mundo lejano y medio fabuloso. Pero ahora tenía una nueva nota de terror para él. Conocía la herencia de las tradiciones malignas que enmascaraba, y con ese conocimiento su visión se desbordaba en formas nuevas y extrañas. Los pájaros de la primavera estaban regresando y, mientras observaba sus vuelos al atardecer, creyó que evitaban la macilenta y solitaria aguja como nunca antes. Pensó que cuando una bandada se acercaba a ella, giraba y se dispersaba en una confusión de pánico, y pudo adivinar los salvajes gorjeos que no le llegaban a través de las millas de distancia.

Fue en junio cuando el diario de Blake contó su victoria sobre el criptograma. El texto estaba, según descubrió, en la oscura lengua aklo utilizada por ciertos cultos de la antigüedad maligna, y que él conocía de forma vacilante a través de investigaciones anteriores. El diario es extrañamente reticente en cuanto a lo que Blake descifró, pero quedó claramente asombrado y desconcertado por sus resultados. Hay referencias a un Acechador de la Oscuridad que se despierta al contemplar el Trapezoedro Luminoso, y conjeturas desca-

belladas sobre los negros abismos del caos de los que fue llamado. Se habla de este ser como poseedor de todo el conocimiento y que exige monstruosos sacrificios. Algunas de las anotaciones de Blake muestran el temor de que la cosa, que parecía considerarse como convocada, acechara en el exterior; aunque añade que las farolas forman un baluarte que no puede ser cruzado.

Del Trapezoedro Luminoso habla a menudo, llamándolo una ventana a todo el tiempo y el espacio, y trazando su historia desde los días en que fue creado en el oscuro Yuggoth, antes de que los Antiguos lo trajeran a la tierra. Fue atesorada y colocada en su curiosa caja por los crinoides de la Antártida, rescatada de sus ruinas por los hombres-serpiente de Valusia, y observada eones después en Lemuria por los primeros seres humanos. Atravesó tierras extrañas y mares más extraños, y se hundió con la Atlántida antes de que un pescador minoico la enredara en su red y la vendiera a mercaderes morenos de la nocturna Khem. El faraón Nephren-Ka construyó a su alrededor un templo con una cripta sin ventanas, e hizo lo que hizo que su nombre fuera borrado de todos los monumentos y registros. Luego durmió en las ruinas de esa maligna fuente que los sacerdotes y el nuevo Faraón destruyeron, hasta que la pala del excavador la sacó una vez más para maldecir a la humanidad.

A principios de julio, los periódicos complementaron extrañamente las entradas de Blake, aunque de forma tan breve y casual que sólo el diario ha llamado la atención general sobre su contribución. Parece que un nuevo temor había crecido en Federal Hill desde que un extraño había entrado en la temida iglesia. Los italianos susurraban acerca de movimientos, golpes y rasguños no acostumbrados en el oscuro campanario sin ventanas, y pedían a sus sacerdotes que desterraran un ente que les perseguía en sus sueños. Algo, decían, vigilaba constantemente la puerta para ver si estaba lo suficientemente oscuro como para aventurarse a salir. Los artículos de prensa mencionaban las antiguas supersticiones locales, pero no arrojaban mucha luz sobre los antecedentes del horror. Era evidente que los jóvenes reporteros de hoy no son anticuarios. Al escribir sobre estas cosas en su diario, Blake expresa un curioso tipo de remordimiento, y habla del deber de enterrar el Trapezoedro Luminoso y de deste-

rrar lo que había evocado al dejar entrar la luz del día en la horrible aguja que sobresale. Al mismo tiempo, sin embargo, muestra el peligroso alcance de su fascinación, y admite un morboso anhelo -que impregna incluso sus sueños- de visitar la torre maldita y contemplar de nuevo los secretos cósmicos de la piedra resplandeciente.

Entonces, algo publicado en el Diario en la mañana del 17 de julio sumió al diarista en una verdadera fiebre de horror. No era más que una variante de los otros artículos medio humorísticos sobre la inquietud de la colina federal, pero para Blake era en cierto modo muy terrible. Por la noche, una tormenta eléctrica había dejado fuera de servicio el sistema de iluminación de la ciudad durante una hora completa, y en ese negro intervalo los italianos casi se habían vuelto locos de miedo. Los que vivían cerca de la temida iglesia habían jurado que la cosa del campanario había aprovechado la ausencia de las lámparas de la calle y había bajado al cuerpo de la iglesia, dando tumbos y golpes de una manera viscosa y totalmente espantosa. Hacia el final había subido a la torre, donde se oía el ruido de los cristales al romperse. Podía llegar hasta donde alcanzara la oscuridad, pero la luz siempre la hacía huir.

Cuando la corriente volvió a encenderse, hubo una conmoción espantosa en la torre, porque incluso la débil luz que se filtraba a través de las ventanas de rejilla ennegrecidas era demasiado para la cosa. Se había golpeado y deslizado hacia su tenebroso campanario justo a tiempo, ya que una larga dosis de luz la habría devuelto al abismo de donde la había llamado el loco forastero. Durante la hora oscura, multitudes rezando se habían agrupado alrededor de la iglesia bajo la lluvia con velas y lámparas encendidas, de alguna manera protegidas con papel doblado y paraguas, una guardia de luz para salvar a la ciudad de la pesadilla que acecha en la oscuridad. Una vez, declararon los más cercanos a la iglesia, la puerta exterior había traqueteado horriblemente.

Pero ni siquiera esto fue lo peor. Esa noche, en el Bulletin, Blake leyó lo que los periodistas habían encontrado. Despertados al fin por el caprichoso valor noticioso del susto, un par de ellos habían desafiado a la frenética multitud de italianos y se habían arrastrado hasta la iglesia a través de la ventana del sótano, después de haber

probado las puertas en vano. Encontraron el polvo del vestíbulo y de la nave espectral revuelto de una manera singular, con trozos de cojines podridos y revestimientos de satén de los bancos esparcidos curiosamente. Había un mal olor por todas partes, y aquí y allá había trozos de manchas amarillas y manchas de lo que parecía carbonización. Al abrir la puerta de la torre, y detenerse un momento ante la sospecha de un sonido de raspado en la parte superior, se encontraron con la estrecha escalera de caracol limpiada a duras penas.

En la propia torre existía un estado similar medio barrido. Hablaron del pilar de piedra heptagonal, de las sillas góticas volcadas y de las extrañas imágenes de yeso; aunque, extrañamente, no mencionaron la caja de metal ni el viejo esqueleto mutilado. Lo que más inquietaba a Blake -salvo por los indicios de manchas, carbonización y malos olores- era el último detalle que explicaba el choque de cristales. Cada una de las ventanas ojivales de la torre estaba rota, y dos de ellas habían sido oscurecidas de forma burda y apresurada, rellendo con satén y pelo de caballo los espacios entre las celosías exteriores inclinadas. Más fragmentos de raso y manojos de crin de caballo yacían esparcidos por el suelo recién barrido, como si alguien hubiera sido interrumpido en el acto de devolver a la torre la absoluta negrura de sus días de apretada cortina.

Se encontraron manchas amarillentas y parches carbonizados en la escalera del chapitel sin ventanas, pero cuando un reportero subió, abrió la trampilla de deslizamiento horizontal y disparó un débil rayo de linterna en el espacio negro y extrañamente fétido, no vio más que oscuridad, y una camada heterogénea de fragmentos sin forma cerca de la abertura. El veredicto, por supuesto, fue charlatanería. Alguien había gastado una broma a los supersticiosos habitantes de la colina, o bien algún fanático se había esforzado por reforzar sus temores por su propio bien. O quizás algunos de los habitantes más jóvenes y sofisticados habían montado un elaborado engaño al mundo exterior. Hubo una divertida secuela cuando la policía envió a un agente a verificar los informes. Tres hombres en sucesión encontraron la manera de evadir el encargo, y el cuarto fue

de muy mala gana y regresó muy pronto sin añadir nada al relato de los reporteros.

A partir de este momento, el diario de Blake muestra una creciente marea de insidioso horror y nerviosa aprensión. Se reprende a sí mismo por no haber hecho nada, y especula salvajemente sobre las consecuencias de otra avería eléctrica. Se ha comprobado que en tres ocasiones -durante las tormentas eléctricas- llamó por teléfono a la compañía de luz eléctrica en un tono frenético y pidió que se tomaran precauciones desesperadas contra un corte de luz. De vez en cuando, sus anotaciones mostraban preocupación por el hecho de que los reporteros no encontraran la caja de metal y la piedra, ni el viejo esqueleto extrañamente estropeado, cuando exploraron la sombría sala de la torre. Suponía que estos objetos habían sido retirados, pero sólo podía adivinar dónde y por quién. Pero sus peores temores se referían a sí mismo y a la especie de relación impía que sentía que existía entre su mente y ese horror que acechaba en el lejano campanario, esa cosa monstruosa de la noche que su imprudencia había llamado desde los últimos espacios negros. Parecía sentir un tirón constante de su voluntad, y los que le llamaban de aquella época recuerdan cómo se sentaba abstraído en su escritorio y miraba por la ventana del oeste aquel lejano montículo erizado de agujas más allá del humo arremolinado de la ciudad. Sus anotaciones hablan monótonamente de ciertos sueños terribles, y de un fortalecimiento de la impía relación en su sueño. Se menciona una noche en la que se despertó y se encontró completamente vestido, al aire libre, y se dirigió automáticamente por College Hill hacia el oeste. Una y otra vez se detiene en el hecho de que la cosa en el campanario sabe dónde encontrarlo.

La semana siguiente al 30 de julio se recuerda como el momento de la crisis parcial de Blake. No se vestía y pedía toda la comida por teléfono. Los visitantes observaron las cuerdas que mantenía cerca de su cama, y dijo que el andar dormido lo había obligado a atarse los tobillos todas las noches con nudos que probablemente se mantendrían o lo despertarían con el trabajo de desatarlos. En su diario relató la horrible experiencia que había provocado el colapso. Después de retirarse la noche del 30, se encontró de repente caminan-

do a tientas en un espacio casi negro. Todo lo que podía ver eran rayas horizontales, cortas y débiles de luz azulada, pero podía oler un olor abrumador y escuchar una curiosa mezcla de sonidos suaves y furtivos por encima de él. Cada vez que se movía, tropezaba con algo, y a cada ruido le llegaba una especie de respuesta desde arriba: un vago movimiento, mezclado con el cauteloso deslizamiento de madera sobre madera.

En una ocasión, sus manos tantearon un pilar de piedra con la parte superior vacía, mientras que más tarde se encontró agarrado a los peldaños de una escalera empotrada en la pared, y ascendiendo a tientas hacia una región de intenso hedor donde una ráfaga caliente y abrasadora le golpeaba. Ante sus ojos se desplegaba una gama caleidoscópica de imágenes fantasmales, todas ellas disueltas a intervalos en la imagen de un vasto e inexplorado abismo nocturno en el que giraban soles y mundos de una negrura aún más profunda. Pensó en las antiguas leyendas del Caos Supremo, en cuyo centro se extiende el dios idiota y ciego Azathoth, Señor de Todas las Cosas, rodeado por su horda de bailarines descerebrados y amorfos, y arrullado por el delgado y monótono tañido de una flauta demoníaca sostenida por unas patas sin nombre.

Entonces, un agudo informe del mundo exterior rompió su estupor y lo despertó al indecible horror de su posición. Nunca supo de qué se trataba; tal vez fuera algún repique tardío de los fuegos artificiales que se escuchan todo el verano en Federal Hill cuando los habitantes aclaman a sus diversos santos patronos, o a los santos de sus pueblos natales en Italia. En cualquier caso, gritó en voz alta, se dejó caer frenéticamente de la escalera y tropezó a ciegas por el suelo obstruido de la cámara casi sin luz que le rodeaba.

Supo al instante dónde se encontraba y se precipitó temerariamente por la estrecha escalera de caracol, tropezando y magullándose a cada paso. Fue una huida de pesadilla a través de una vasta nave llena de telarañas, cuyos arcos fantasmales llegaban hasta los reinos de las sombras lascivas, una lucha sin visión a través de un sótano lleno de basura, una subida a las regiones de aire y luces de la calle en el exterior, y una carrera loca por una colina espectral de frontones farfullantes, a través de una ciudad sombría y silenciosa

de altas torres negras, y por el empinado precipicio hacia el este hasta su propia puerta antigua.

Al recobrar el conocimiento por la mañana, se encontró tumbado en el suelo de su estudio completamente vestido. La suciedad y las telarañas lo cubrían, y cada centímetro de su cuerpo parecía dolorido y magullado. Cuando se enfrentó al espejo vio que su pelo estaba muy chamuscado, mientras que un rastro de extraño mal olor parecía aferrarse a su ropa exterior superior. Fue entonces cuando sus nervios se derrumbaron. A partir de ese momento, se quedó exhausto en bata y no hizo más que mirar por la ventana del oeste, temblar ante la amenaza de los truenos y hacer anotaciones en su diario.

La gran tormenta estalló justo antes de la medianoche del 8 de agosto. Los relámpagos cayeron repetidamente en todas las partes de la ciudad, y se registraron dos notables bolas de fuego. La lluvia era torrencial, mientras que un constante bombardeo de truenos quitaba el sueño a miles de personas. Blake temía desesperadamente por el sistema de alumbrado, e intentó llamar por teléfono a la compañía hacia la 1 de la madrugada, aunque para entonces el servicio había sido cortado temporalmente en aras de la seguridad. Anotó todo en su diario, con grandes y nerviosos jeroglíficos, a menudo indescifrables, que contaban su propia historia de creciente frenesí y desesperación, y de entradas garabateadas a ciegas en la oscuridad.

Tenía que mantener la casa a oscuras para poder ver por la ventana, y parece que pasaba la mayor parte del tiempo en su escritorio, mirando ansiosamente a través de la lluvia, a través de los brillantes kilómetros de tejados del centro de la ciudad, a la constelación de luces distantes que marcaban Federal Hill. De vez en cuando anotaba a tientas en su diario, de modo que frases sueltas como "Las luces no deben irse"; "Sabe dónde estoy"; "Debo destruirla"; y "Me llama, pero quizá no quiera hacer daño esta vez", se encuentran dispersas por dos de las páginas.

Entonces las luces se apagaron en toda la ciudad. Ocurrió a las 2.12 de la madrugada, según los registros de la central eléctrica, pero el diario de Blake no da ninguna indicación de la hora. La en-

trada es simplemente, "Las luces se apagaron - Dios me ayude". En Federal Hill había observadores tan ansiosos como él, y grupos de hombres empapados por la lluvia desfilaron por la plaza y los callejones alrededor de la malvada iglesia con velas a la sombra de paraguas, linternas eléctricas, faroles de aceite, crucifijos y oscuros amuletos de las muchas clases comunes en el sur de Italia. Bendecían cada relámpago y hacían crípticas señales de miedo con la mano derecha cuando un giro en la tormenta hacía que los relámpagos disminuyeran y finalmente cesaran por completo. Un viento creciente apagó la mayoría de las velas, de modo que la escena se volvió amenazadoramente oscura. Alguien despertó al padre Merluzzo, de la iglesia del Espíritu Santo, y se apresuró a acudir a la lúgubre plaza para pronunciar las sílabas útiles que pudiera. De los inquietos y curiosos sonidos en la ennegrecida torre, no cabía la menor duda.

De lo que ocurrió a las 2.35 tenemos el testimonio del sacerdote, una persona joven, inteligente y bien educada; del patrullero William J. Monohan de la Estación Central, un oficial de la más alta fiabilidad que se había detenido en esa parte de su ronda para inspeccionar a la multitud; y de la mayoría de los setenta y ocho hombres que se habían reunido alrededor del alto muro del banco de la iglesia, especialmente los que estaban en la plaza donde se veía la fachada oriental. Por supuesto, no había nada que pudiera probarse como ajeno al orden de la Naturaleza. Las posibles causas de un acontecimiento así son muchas. Nadie puede hablar con certeza de los oscuros procesos químicos que surgen en un vasto, antiguo, mal ventilado y largamente abandonado edificio de contenido heterogéneo. Los vapores mefíticos, la combustión espontánea, la presión de los gases nacidos de la larga decadencia, cualquiera de los innumerables fenómenos podría ser responsable. Y luego, por supuesto, no se puede excluir el factor de la charlatanería consciente. En realidad, el asunto era bastante sencillo en sí mismo, y abarcaba menos de tres minutos de tiempo real. El padre Merluzzo, siempre un hombre preciso, miró repetidamente su reloj.

Comenzó con una hinchazón definitiva de los sonidos sordos de tanteo en el interior de la torre negra. Hacía tiempo que se percibía una vaga exhalación de extraños y malignos olores procedentes de

la iglesia, que ahora se habían vuelto enfáticos y ofensivos. Entonces, por fin, se oyó el sonido de una madera que se astillaba y un objeto grande y pesado se estrelló en el patio, bajo la frondosa fachada oriental. La torre era invisible ahora que las velas no ardían, pero a medida que el objeto se acercaba al suelo, la gente supo que se trataba de las rejillas de humo de la ventana oriental de la torre.

Inmediatamente después, un foetor totalmente insoportable brotó de las alturas invisibles, ahogando y enfermando a los temblorosos observadores, y casi postrando a los que estaban en la plaza. Al mismo tiempo, el aire se estremeció con una vibración como de alas batiendo, y un repentino viento del este, más violento que cualquier otra ráfaga anterior, arrancó los sombreros y arrancó los paraguas chorreantes de la multitud. No se podía ver nada concreto en la noche sin velas, aunque algunos espectadores que miraban hacia arriba creyeron vislumbrar una gran mancha que se extendía en una negrura más densa contra el cielo de tinta, algo así como una nube de humo sin forma que se disparaba con la velocidad de un meteorito hacia el este.

Eso fue todo. Los observadores estaban medio adormecidos por el miedo, el temor y la incomodidad, y apenas sabían qué hacer, o si debían hacer algo. Sin saber lo que había sucedido, no relajaron su vigilia; y un momento después elevaron una oración cuando un agudo relámpago tardío, seguido de un estruendo ensordecedor, rasgó los cielos inundados. Media hora más tarde la lluvia cesó, y en quince minutos más las luces de la calle se encendieron de nuevo, enviando a los cansados y desgarrados vigilantes de vuelta a sus hogares.

Los periódicos del día siguiente hicieron una mención menor de estos asuntos en relación con los informes generales de la tormenta. Parece que el gran relámpago y la ensordecedora explosión que siguieron al suceso de Federal Hill fueron aún más tremendos más al este, donde también se observó un estallido del singular fetor. El fenómeno fue más marcado sobre College Hill, donde el estruendo despertó a todos los habitantes que dormían y dio lugar a una desconcertante ronda de especulaciones. De los que ya estaban despiertos, sólo unos pocos vieron el anómalo resplandor de luz cerca

de la cima de la colina, o notaron la inexplicable ráfaga de aire hacia arriba, que casi despojó a los árboles de sus hojas y arrasó las plantas de los jardines. Se convino en que el único y repentino rayo debió de caer en algún lugar de la zona, aunque posteriormente no se pudo encontrar ningún rastro de su impacto. Un joven de la casa de la fraternidad Tau Omega creyó ver una grotesca y horrible masa de humo en el aire justo cuando estalló el destello preliminar, pero su observación no ha sido verificada. Todos los pocos observadores, sin embargo, están de acuerdo en cuanto a la violenta ráfaga del oeste y el torrente de hedor intolerable que precedió al golpe tardío, mientras que la evidencia relativa al olor a quemado momentáneo después del golpe es igualmente general.

Estos puntos fueron discutidos muy cuidadosamente debido a su probable conexión con la muerte de Robert Blake. Los estudiantes de la casa Psi Delta, cuyas ventanas superiores traseras daban al estudio de Blake, se fijaron en el rostro blanco y borroso de la ventana del oeste en la mañana del día 9, y se preguntaron qué era lo que ocurría con esa expresión. Cuando vieron la misma cara en la misma posición esa tarde, se sintieron preocupados, y observaron cómo se encendían las luces de su apartamento. Más tarde tocaron el timbre del piso en penumbra, y finalmente un policía forzó la puerta.

El cuerpo rígido se sentó erguido en el escritorio junto a la ventana, y cuando los intrusos vieron los ojos vidriosos y saltones, y las marcas de un miedo descarnado y convulsivo en los rasgos retorcidos, se apartaron con una consternación enfermiza. Poco después, el médico forense realizó un examen y, a pesar de la ventana intacta, informó de que la causa de la muerte era una descarga eléctrica o una tensión nerviosa inducida por una descarga eléctrica. Ignoró por completo la horrible expresión, considerándola un resultado no improbable de la profunda conmoción experimentada por una persona de imaginación tan anormal y emociones desequilibradas. Dedujo estas últimas cualidades a partir de los libros, pinturas y manuscritos encontrados en el apartamento, y de las anotaciones garabateadas a ciegas en el diario del escritorio. Blake había prolongado sus

frenéticos apuntes hasta el final, y el lápiz de punta rota se encontró agarrado en su mano derecha, espasmódicamente contraída.

Las anotaciones posteriores al fallo de las luces estaban muy desarticuladas y eran legibles sólo en parte. A partir de ellas, algunos investigadores han sacado conclusiones que difieren en gran medida del veredicto oficial materialista, pero tales especulaciones tienen pocas posibilidades de ser creídas por los conservadores. El caso de estos imaginativos teóricos no se ha visto favorecido por la acción del supersticioso doctor Dexter, que arrojó la curiosa caja y la piedra angular -un objeto ciertamente autoluminoso como se ve en el negro campanario sin ventanas donde se encontró- al canal más profundo de la bahía de Narragansett. El exceso de imaginación y el desequilibrio neurótico de Blake, agravado por el conocimiento del malvado culto pasado cuyas sorprendentes huellas había descubierto, constituyen la interpretación dominante de esos últimos y frenéticos apuntes. Estas son las anotaciones, o todo lo que se puede hacer de ellas:

Las luces siguen apagadas, deben ser cinco minutos ahora. Todo depende de los rayos. ¡Que Dios nos conceda que se mantenga! . . . Alguna influencia parece golpear a través de él. . . La lluvia, los truenos y el viento ensordecen. . . La cosa se está apoderando de mi mente. . .

Problemas con la memoria. Veo cosas que no conocía antes. Otros mundos y otras galaxias... La oscuridad. . . El rayo parece oscuro y la oscuridad parece clara . . .

No pueden ser la colina y la iglesia reales lo que veo en la oscuridad total. Debe ser una impresión retiniana dejada por los destellos. ¡Que los italianos salgan con sus velas si los relámpagos se detienen!

¿De qué tengo miedo? ¿No es un avatar de Nyarlathotep, que en la antigua y sombría Khem llegó a tomar forma de hombre? Recuerdo a Yuggoth, y a la más lejana Shaggai, y el último vacío de los planetas negros...

El largo y alado vuelo a través del vacío ... no puede cruzar el universo de la luz ... recreado por los pensamientos atrapados en el

Trapezoedro Luminoso ... enviarlo a través de los horribles abismos del resplandor ...

Mi nombre es Blake-Robert Harrison Blake de 620 East Knapp Street, Milwaukee, Wisconsin . Estoy en este planeta...

Azathoth ten piedad-los relámpagos ya no parpadean-horrible-puedo ver todo con un sentido monstruoso que no es la vista-la luz es oscura y la oscuridad es la luz. . . esas personas en la colina. . . guardia. . . velas y amuletos. . . sus sacerdotes. . .

El sentido de la distancia ha desaparecido-lo lejano es cercano y lo cercano es lejano. No hay luz, no hay cristal, veo ese campanario, esa torre, esa ventana, puedo oír a Roderick Usher, estoy loco o me estoy volviendo loco, la cosa se agita y tantea en la torre.

Yo soy eso y es yo-quiero salir... debo salir y unificar las fuerzas... ...sabe dónde estoy...

Soy Robert Blake, pero veo la torre en la oscuridad. Hay un olor monstruoso . . . los sentidos se transfiguran . . . abordando esa ventana de la torre que se agrieta y cede . . . lä . . . ngai . . . ygg . . .

Lo veo-viene hacia aquí-el viento-el borrón de titán-el ala negra-Yog Sothoth sálvame-el ojo ardiente de tres lóbulos. . .

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**